

La narrativa de la Generación de 1950 en Argentina

Luis Ricardo Furlan

Poeta y escritor
Argentina

Resumen

El autor analiza el papel de los neohumanistas, corriente que incursiona en la literatura argentina a partir de 1950 –los cincuentistas– y su importancia en el desarrollo literario de este país, donde destaca el realismo como su rasgo distintivo.

Palabras clave: literatura argentina, narrativa, realismo, neohumanismo

Hacia 1950 ingresa en la literatura argentina una generación fresca de escritores. Ellos serán testigos de la posguerra y, a la vez, los protagonistas de la recreación de un hombre nuevo solidario y universalista. El ensayo, la dramaturgia, la poesía y la narrativa recogerán el espíritu de reconstrucción y, por ello, se los denominará los *neohumanistas*.

La narrativa de los “cincuentistas”

El papel del intelectual, hasta ese momento de inserción de los “cincuentistas”, había sido relativamente pasivo. Deja atrás etapas bien definidas por el post-modernismo, la neogeneración del ultraísmo y el neorromanticismo. El movimiento de los años 50 adopta, reiteramos, su denominación: *neohumanista*. En líneas generales, volcará su esfuerzo hacia una literatura

vitalista; a ratos comprometida con la actualidad nacional; rescatadora del pasado, en ocasiones; con algunos giros reveladores de la metafísica o el expresionismo. La narración, cómo género literario, ejemplificará esos estadios y aún le quedará margen para promover tibiamente un giro en el lenguaje y en el modo expresivo, posteriormente acentuado casi hasta la deformación.

La novela y el cuento ganan en prestigio. La “nueva ola” se forma “en años definitorios para el país y continúa trabajando [en 1960] en un tiempo adverso o, por lo menos, poco amable para el ejercicio desinteresado de la prosa. No es raro que se llamen comprometidos y es que lo son verdaderamente, como no es raro, tampoco, que muchos de ellos interrumpen su labor para lanzarse a la polémica”. Se habla de los “parricidas” y aunque se tilda al

grupo de agresivo e iconoclasta, habrá que definir claramente las actitudes colectivas e individuales.

Existen influencias (¿cómo no haberlas?): algo de Martínez Estrada y Roberto Arlt, un poco de Marechal. En América encuentran claros espejos en Ciro Alegría, Rómulo Gallegos o Jorge Icaza. Europa carece de atractivos, salvo los narradores italianos de la postguerra. La vertiente elitista acaso se inclina por Kafka y Joyce. Pero no son paradigmas definitivos. Los escritores, en su mayoría, plantean la actualidad urticante del mundo, el acontecer y las sensaciones. El signo de la época es, naturalmente, la urgencia.

La narrativa –cuento y novela- tiene varios afluentes. Los principales son el realismo y la ficción. Dentro de aquél es posible aún encontrar otros hilos con cauces propicios a la descripción urbana y rural, de la dignidad humana y la propiedad de la tierra. En la ficción, en cambio, lo fantástico y lo psicológico ordenan un universo rico en experiencias imaginativas y oníricas. Con algún detenimiento, de ello nos ocuparemos de inmediato.

Realismo y realistas

El signo distintivo de la narrativa neohumanista es el realismo. Este, a su vez, origina subfluyentes que ordenan el panorama rico y variado. A la dualidad troncal –realismo y ficcionismo-, habrá que peculiarizarle los matices.

Dentro de la corriente realista, el planteo generacional ligado a las condiciones de la época tiene ribetes críticos. Es decir, está

preñado de planteos y cuestionamientos. En Eduardo Dessein (1928) se analizan la nueva estratificación social, la evolución de las clases y la búsqueda del reacomodamiento histórico (*Su generación*, 1955). A través de una secuencia cuasi periodística, Pedro G. Orgambide (1929) refleja la rebeldía y el sinceramiento de los jóvenes (*El encuentro*, 1957). Dalmiro Sáenz (1926), con una escritura desenfadada, desbroza un anecdotario de la complejidad de los adolescentes (*Setenta veces siete*, 1957). Todo parece circunscribirse a una morosidad latente, a ratos activa. Jorge Riestra (1926) la documenta en el medio urbano, a la sombra de la metrópoli en desarrollo (*Salón de billares*, 1960).

El momento tiene color político. Las pasiones suelen ser enconadas y extremas. Democracia o totalitarismo. El juego es peligroso. La literatura lo asume, no lo niega. Jorge Perrone (1924) es el cronista de los “descamisados” (*Se dice hombre*, 1952). Buceo de la gente en las calles, de las reacciones de la masa, es el de Valentín Fernando (1921), con algo de la migración del campo a la ciudad que origina un individuo alternante: el *cabecita negra*. (*La calle tiene sus hijos*, 1945). Es Rodolfo J. Walsh (1927-1977) quien entinta su prosa de sucesos conmocionantes entroncando con lo policíaco (*Variaciones en rojo*, 1953). Será David Viñas (1929) el que urdirá el ideologismo psicológico, con un tono discursivo que más tarde se irá adensando (*Cayó sobre su rostro*, 1955).

La sociedad toda se conmueve, está en crisis, es decir, en cambio. Los marginados ingresan en la especialización a que los conduce la modificación de estructuras:

del agro a la industria. La diáspora interna se reacomoda en la urbe y su periferia. Hay coincidencias y desinteligencias. Roger Pla (1912), escritor que sirve de puente entre dos generaciones, refleja con objetividad los conflictos (*Los robinsones*, 1946). Verosimilitud hallamos en Carlos Mastrángelo (1911), atento a las preocupaciones sociales (*El hombre desconocido*, 1949). No solo está en alza la escala social: Beatriz Guido (1924-1988) describe la decadencia de la burguesía nacional, atrapada en el cerco asfixiante del “nuevo orden” (*La casa del ángel*, 1954). El proletariado hace trastabillar a la aristocracia tradicional. Andrés Rivera (1928) hurga en los valores cualitativos de la mudanza (*El precio*, 1957).

La convivencia en la ciudad adquiere aspectos propios, define al parecer un espécimen desconocido y un lenguaje diferente que Humberto Constantini (1924-1987) registra sin apelar al pintoresquismo (*De por aquí no más*, 1958). Nace la villa miseria, un conglomerado achaparrado y colorido que está marginando la arquitectura normal. Rubén Benítez (1928) detalla las astucias de esos núcleos humanos que desarrollan un sentido cuestionable de la apropiación (*Ladrones de luz*, 1958). Tanto en los habitáculos villeros como en los urbanos, donde la capacidad está sobredimensionada, el hacinamiento y la promiscuidad constituyen, para muchos, el menor entre los males. Jorge Masciángoli (1929) escarba en los problemas elementales del hombre (*El último piso*, 1960). Y Héctor Tizón (1929) señala abiertamente el desarraigo de los migrantes, con recursos críticos e imaginativos (*A un costado de los rieles*, 1960).

Mientras el campo mira impotente cómo el arado a buey o a caballo es reemplazado por el tractor, y el transistor estrena una nueva era en las comunicaciones sociales, se originan otros problemas. Ya Polo Godoy Rojo (1914) tal vez había dado las últimas manifestaciones del amor a la tierra sobre el basamento de sus reminiscencias folklóricas y tradicionales (*De tierras puntanas*, 1945). Muy pronto, Juan José Manauta (1919) mostrará la pesadumbre ante la esterilidad de la tierra (*Los aventados*, 1952). También Alberto Rodríguez (1925) dará el testimonio de la naturaleza áspera y violenta (*Matar la tierra*, 1952). Los que resisten y se quedan con su fatalismo a cuestras, son mirados por Adolfo Argentino Golz (1930) en el drama de la soledad y el intento de comunicarse entre sí (*El hombre incompleto*, 1954).

Lily Franco (1930) acentúa el sentimiento trágico de esas vidas y describe situaciones que sorprenden por sus finales intensos e imprevisibles (*La sed*, 1958). El hombre regional, así lo observa Juan Bautista Salazar (1922-1994) seguirá inmerso en sus ritos y sus desdichas (*Cuentos a dos voces*, 1960). Con el correr del tiempo, casi al cabo de esta generación, el proceso se aquietará y algunos narradores, como Haroldo Conti (1925), descubrirán la indestructible armonía del hombre con el paisaje (*Sudeste*, 1962).

En ese tiempo literario, otro de los asuntos que se cuestionan es el indigenismo. Las reducciones indias, en algunos casos, claman por incorporarse al cuerpo social del país. José Baidal (1920), especializado en temas mapuches, denuncia la injusticia social del indio (*Recuerdos de un condenado*

a vivir, 1952). Con roturado acento epopéyico, Ricardo Juan (1922) rescata los secretos de la campiña al desierto y el problema del pueblo araucano (*Ayeray*, 1959).

Alcanzamos, finalmente, la zona del realismo histórico, es decir, aquella literatura cuyo sustento son los acontecimientos reales sujetos o no a las gradaciones de la imaginación creadora. En la generación del 50 –especialmente en la poesía–, se manifiesta el interés por el pasado tradicional y los valores de la nacionalidad. También en la narrativa se constatan algunas aproximaciones serias. Entre ellos, Luis Gasulla (1916), adscrito al historicismo narrativo en el marco del hombre y el clima patagónico (*Conquista salvaje*, 1958). No menor elocuencia encontramos en Agustín Pérez Pardella (1926), tanto como en su teatro, en las novelas que describen las preocupaciones religiosas, las realidades de la historia y la indagación constante del ser nacional. Mención especial merece Edgardo Pesante (1932), cuyas recreaciones del pasado median entre el realismo mágico y la fantasía pura (*Criaturas de la guerra*, 1964).

Ficcionismo y ficcionistas

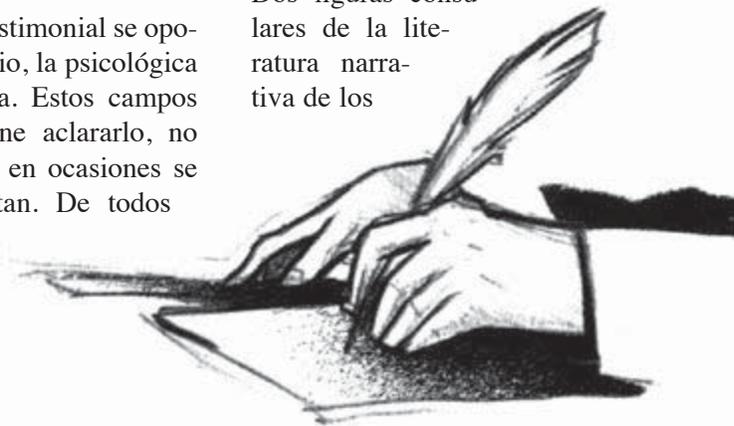
A la novela militante o testimonial se opone, en contracanto literario, la psicológica o puramente imaginativa. Estos campos de delimitación, conviene aclararlo, no son excluyentes, ya que en ocasiones se entrecruzan y realimentan. De todos modos, al propósito que perseguimos, esta zona narrativa muestra exponentes definidos y de obvia trascendencia. A una época de indigencia

existencial no puede faltarle una literatura exigida, aunque a veces no demasiado exigente, que refleje el acontecer inmediato y elabore las circunstancias.

El país de la infancia es el universo formativo del hombre. En esa tierra rica o desolada, según acontezca la peripecia individual, los escritores auscultan la marcación del tiempo. Julio Ardiles Gray (1922) hurga en el mundo conflictivo de la niñez, en la toma de conciencia de los años iniciales (*La grieta*, 1952). Avanza, por su lado, Sara Gallardo (1924-1988) en el espacio de la adolescencia (*Enero*, 1959): la riqueza de su idioma es uno de los síntomas. Y Horacio Peroncini (1915-1972), con admirable poder de síntesis, traza la ceñida urdimbre del barrio con sus relatos testimoniales, tardíamente llevados al libro (*Habitantes de la ficción*, 1972).

Otra de las cuestiones acuciantes en toda época, es la de la soledad. El individuo confrontado con la convivencia. De ello se ocupa Federico Peltzer (1928), con un tono densamente ético y con un vivo trasfondo religioso (*Tierra de nadie*, 1955).

Dos figuras consuetudinas de la literatura narrativa de los



años 50 asumen lo alegórico en función demostrativa y expresiva. A partir de la realidad –cierta o en sí misma imaginada–, el discurso se enriquece con apreciaciones acerca de la psiquis de los protagonistas, desgranando sus personalidades y tomando aún más vívidos los sucesos. Antonio Di Benedetto (1922-1986) discernió los valores y los planos de una imagen visionaria y trasladó a su obra toda “un conjunto de significaciones posibles” (*Mundo de nadie*, 1953). La antiolemonidad de Marco Denevi (1922-1988) lo conduce a un ámbito de extrañas probabilidades. Posee, como se ha señalado críticamente, un ámbito lúdico, de aparente ficción pura pero con mucho de ingenio y de humor, donde se palpa, principalmente, el fracaso del tiempo (*Rosaura a las diez*, 1955).

Mención particular merece esa otra faz del cuento o novela policial que se aleja del realismo y merodea lo fantástico. Es el caso de María Angélica Bosco (1918) que maneja sutilmente los hilos del suspenso y la tensión expectante (*La muerte viaja en ascensor*, 1955). También Adolfo Jasca (1924) elabora una extraña historia, de ribetes misteriosos, donde la invención se confunde con lo verosímil (*Los tallos amargos*, 1955).

Penetramos ahora en lo troncal del ficcionismo de la generación de 1950. Aquí prevalece lo fantástico en pureza absoluta hasta donde ello es posible y puede consentirse. No cabe duda de que Julio Cortázar (1914-1984), con su prosa, marcó a buena parte de los narradores de esta promoción. Supo alentar un doble juego de especulaciones ideológicas e ideales, algo de realismo mágico que será, en los

años que siguen, el “boom” de las letras latinoamericanas (*Bestiario*, 1951).

Estela Canto (1919-1994) apela a la ficción para trazar un mundo de ambigüedades de contornos propios (*El muro de mármol*, 1945). Fue Héctor A. Murena (1923-1975) quien, además de la fantasía, rescató, lo maravilloso en un plano subliminalmente alegórico (*El centro del infierno*, 1956). En Luis Alberto Ballester (1929) verificamos relatos poéticos, subjetivos, con una visión casi sensual de las alusiones (*Crónica de la revelación*, 1963). Con retraso en el proceso generacional, Angel Bonomini (1929-1994) ofrece en sus relatos una crítica del mundo de los valores. La coincidencia es el protagonista de los cuentos que acumulan belleza, eficacia, seguridad y fantasía (*Los novicios de Lerma*, 1972).

Los poetas en la narrativa

En esta generación, como tal vez en ninguna otra, se acentúa la presencia de los poetas que devienen narradores. Es una curiosa metamorfosis que acaso merezca un análisis en profundidad. En párrafos anteriores hemos citado a escritores que, en su inicio literario, prefirieron la articulación del verso. Desde el mismo Cortázar a Bonomini, pasando por Organide, Peronne, Benítez, Costantini, Salazar, Murena, Ballester y otros. Veamos más ejemplos.

Jorge Calvetti (1916) dramatiza el alma regional y los ritos populares (*Alabanzas del norte*, 1947). Alberto Vanasco (1925-1993) aplicó a su novelística recursos de vanguardia (*Y sin embargo Juan vivía*, 1948). Emma de Cartosio (1925) se inclina por la fantasía de los relatos para niños (*Cuentos*

del ángel que bien guarda, 1958). Mario Jorge de Lellis (1922-1966) llevó el realismo y la fantasía a niveles de exuberancia (*El buque de la calle amargura*, 1959). Ricardo A. R. Ríos Ortiz (1928) aborda el cuento de carácter histórico y regional (*Cuentos para un sábado*, 1966). Luis Ricardo Casnati (1928) describe a un hombre vencido por las circunstancias de la vida y el medio (*De avena o pájaros*, 1965).

Como es sabido, Miguel Angel Viola (1927-1987) incursionó por la ficción alegórica y científica (*El animal fabuloso*, 1965), Juan José Hernández (1930) se vuelca al mundo imaginista de la infancia y los seres que resisten la imaginación y el desarraigo (*El inocente*, 1965). Oscar Hermes Villordo (1928-1994) profundiza en la interioridad de hombres y mujeres (*El bazar*, 1966). Fortunato E. Nari (1932) presta una visión crítica del uni-

verso, la esencialidad de los seres y los eternos símbolos de la vida y la muerte (*El hijo de Medea*, 1966). Osvaldo Rosler (1927) testimonia la realidad argentina y es permeable a los motivos populares: la ciudad, el porteño, el tango (*Paredes y violencias*, 1971)

Corolario

Hasta aquí nuestro recuento –salvo error u omisión, involuntario– de la secuencia narrativa de los años 50. Estos escritores, en buena parte, continuaron su labor creadora, adaptándose, en casos, a las nuevas técnicas literarias. Quiera este resumen, a pesar de lo sucinto, reflejar la riqueza de una promoción de las letras argentinas que, como señalamos antes, aguarda aún su estudio más amplio. Bien lo merecen su itinerario y su trascendencia.